

ANÁLISIS Y COMENTARIOS DE TEXTOS LITERARIOS

Tendrás que leer atentamente los fragmentos seleccionados y comentarlos según el modelo trabajado en clase. Recuerda que deberás profundizar en todos los apartados y presentarlos de modo completo.

TEXTO 1º

Égloga I. Garcilaso de la Vega.

En la *Égloga I* de Garcilaso, dos pastores se reúnen para hablar de sus penas de amor en un marco de naturaleza idealizada, a imitación de las églogas de la Antigüedad grecolatina.

En este fragmento, el primer pastor, Salicio, abandonado por su amada Galatea, se queja a causa de su ausencia y le reprocha su insensibilidad. El segundo, Nemoroso, no puede más que llorar por la incomprensible muerte de su amada Elisa. Esta es la voz de Salicio.

Tu dulce habla ¿en qué oreja suena?
 Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
 ¿Por quién tan sin respeto me trocaste?¹
 Tu quebrantada² fe ¿dónde la pusiste?
 5 ¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
 de tus hermosos brazos anudaste?
 No hay corazón que baste,
 aunque fuese de piedra,
 viendo mi amada hiedra,
 10 de mí arrancada, en otro muro asida³,
 y mi parra en otro olmo entretejida,
 que no se esté con llanto deshaciendo
 hasta acabar la vida.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

GARCILASO DE LA VEGA:
Poesía castellana completa, Cátedra

VOCABULARIO

¹trocar → cambiar; ²quebrantar → romper;
³asir → prender, agarrar.



TEXTO 2º

“Noche oscura del alma”. San Juan de la Cruz.

1. En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

2. A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

4. Aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

5. ¡Oh noche que guiaste!
¡oh noche amable más que el alborada!
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

6. En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

8. Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.



TEXTO 3º

“Vivo sin vivir en mí”. Santa Teresa de Jesús.

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina prisión
del amor con que yo vivo
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga.
Quítame Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera;
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.



TEXTO 4º

El Abencerraje y la hermosa Jarifa. Anónimo.

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él, viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos, los cuatro se apartaron y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, paresciéndoles muy fuerte; de manera que ya contra el moro eran tres [...] Allí se vio en gran peligro porque se le quebró la lanza y los escuderos le daban mucha priesa; más fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo y arremetió el escudero que derribara, y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fue a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos.

ANÓNIMO, *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, Castalia

EL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA



TEXTO 5º

Los siete libros de Diana. Jorge de Montemayor.

1 La aparición de Diana

Venía, pues, el triste Sireno los ojos hechos fuentes, el rostro mudado, y el corazón tan hecho a sufrir desventuras, que si la fortuna le quisiera dar algún contento, fuera menester buscar otro corazón nuevo para recibirle. El vestido era de un sayal tan áspero como su ventura, un cayado en la mano, un zurrón del brazo izquierdo colgando.

Arrimose al pie de un haya, comenzó a tender sus ojos por la hermosa ribera hasta que llegó con ellos al lugar donde primero había visto la hermosura, gracia, honestidad de la pastora Diana, aquella en quien Naturaleza sumó todas las perfecciones que por muchas partes había repartido. Lo que su corazón sintió imagínelo aquel que en algún tiempo se halló metido entre memorias tristes.

JORGE DE MONTEMAYOR: *Los siete libros de la Diana*, Castalia



TEXTO 6º

Lazarillo de Tormes. Anónimo.

Y fue así, que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes; y porque el día también llovía, y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojamos; mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego: “Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo.”

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande. Yo le dije: “Tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde travesemos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto.”

Parecióle buen consejo y dijo: “Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados.”

Yo, que vi el aparejo a mi deseo, saquéle de bajo los portales, y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: “Tío, éste es el paso mas angosto que en el arroyo hay.” Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caía, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fue por darme dél venganza, creyóse de mi y dijo: “Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo.”

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y díjele: “¡Sus! Saltad todo lo que podáis, porque deis deste cabo del agua.” Aún apenas lo había acabado de decir cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

“¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? Oled”, le dije yo. Y déjole en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomo la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios dél hizo, ni curé de lo saber.



TEXTO 7º

La tierra de Jauja. Lope de Rueda.

Honzingera: Anda, anda, hermano Panarizo; no te quedes rezagado, que ahora es tiempo de tender nuestras redes.

Panarizo: ¿Y cómo quieres que ande, hermano Honzigeria, si no puedo con mis huesos? Tres leguas llevamos dándole a los pies. ¡Ay, yo no aguanto más! Tengo tanta hambre que un pollo me comería con plumas y todo.

Honzingera: Pues aguarda y podrás engullirte una buena cena. A estas horas suele pasar por aquí un labrador, un tal Mendrugo, con una cazuela de comida para su mujer, que está en la cárcel. Este Mendrugo es bastante simple, y no nos será difícil, sin que él se dé cuenta, comernos lo que lleva en la cazuela. Le contaremos aquel cuento de Jauja, ya sabes; y como él estará embobado escuchándonos, nos embaularemos bonitamente algunos bocados, por lo menos. Espera... Parece que se oyen pasos. ¡Sí, es él! Levántate y estate preparado, que ahí llega nuestro hombre.

Mendrugo: ¡Diablos, esta mujer va a acabar conmigo! Le da por empinar el codo más de la cuenta, luego arma una trifulca y a la cárcel. Y después ¡hala!, Mendrugo que sude y que se afane para darle de comer.

Honzingera: ¿Adónde vas, buen hombre?

Mendrugo: ¿Adónde voy a ir? A la cárcel, a llevarle el pienso a la Tomasa.

Honzingera: ¡Vaya, vaya! ¿Y qué llevas en ese recipiente?

Mendrugo: Ah, ¿esto? No es ningún recipiente; es una cazuela. Llevo unas albóndigas para la Tomasa, que se pirra por ellas. Las he hecho yo mismo, con carne de la mejor, huevos y especias, todo bien rebozado con harina blanca.

Honzingera: ¿Y le llevas todos los días la comida a la cárcel? ¡Pensar que te ahorrarías todos esos trabajos si vivieras en la tierra de Jauja!

Mendrugo: Y eso ¿con qué se come?

Honzingera: ¡Cómo! ¿No sabes lo que es la tierra de Jauja? Ven, siéntate un momento con nosotros y te describiremos todas sus maravillas con pelos y señales.

(Se sienta entre Honzigeria y Panarizo y se dispone a escuchar, luego de poner la cazuela sobre las rodillas. Durante el diálogo que sigue, Honzigeria y Panarizo se las arreglarán, de la manera más cómica posible, para irse engullendo las albóndigas de la cazuela, procurando cada uno distraer a su víctima para dar tiempo a que el otro coma.)

Honzingera: Verás... Es un lugar en donde pagan a los hombres por dormir.

Panarizo: Una tierra en donde azotan a los hombres que se empeñan en trabajar

Mendrugo: ¡Qué me dice!

Panarizo: Como lo oyes.

Mendrugo: ¡Oh, qué buena tierra! Cuénteme las maravillas de ese lugar por su vida.

Honzingera: En la tierra de Jauja hay un río de miel y otro de leche, y entre río y río hay una fuente de mantequilla y requesones, y caen en el río de la miel, que no parece sino que están diciendo: «cómeme, cómeme».

Mendruco: ¡Pardiez!, no hacía falta que me lo dijeran a mí dos veces.

Panarizo: En la tierra de Jauja hay unos árboles que son de tocino. Y las hojas son de pan fino, y los frutos de estos árboles son de buñuelos, y caen en el río de la miel, y ellos mismos están diciendo: «máscame, máscame».

Honzingera: En la tierra de Jauja las calles están empedradas con yemas de huevo, y entre yema y yema, un pastel con lonjas de tocino, de modo que ellas mismas están diciendo: «trágame, trágame».

Panarizo: En la tierra de Jauja hay unos asadores de trescientos pasos de largo, con muchas gallinas, capones, perdices...

Mendruco: ¡Huum! ¡Con lo que a mí me gustan!

Honzingera: En la tierra de Jauja hay muchas cajas de confituras mazapanes, merengues, arroz con leche, natillas... Y hay unos barriles de vino dulce junto a las confituras, y unas y otras están diciendo: "cómeme, bébeme, cómeme, bébeme"; hay también muchas cazuelas con huevos y queso.

Mendruco: ¿Como esta que yo traigo? (Mira la cazuela) ¡Anda, si está vacía! (Honzingera y Panarizo hacen mutis corriendo. Mendruco, dando voces tras ellos) ¡Ladrones! ¡Ladrones! (Se detiene de pronto y mira la cazuela tristemente) Me han dejado sin un buñuelo. ¡Pobre de mí! ¿Y qué hago yo ahora? (Pausa) Pobrecillos, a lo mejor es que tenían hambre...; Que Dios les perdone el daño que me han hecho! La culpa la he tenido yo, por creer que hay tierras en donde se puede vivir sin trabajar. Esto me servirá de lección.

Lope de Rueda, La tierra de Jauja (texto adaptado)

